

su dogma y su moral, con las supersticiones ó el fanatismo popular. Él la predicaba con sus discursos y mas aun con su santidad, la cual le habia dado por sectarios á todos los que buscan á Dios á través de las fábulas, y la virtud debajo de los errores populares. La Persia, civilizada por tantos siglos de existencia y por tantos recuerdos de las religiones primitivas que, procedentes de la India, se habian infiltrado en sus primeras creencias, estaba mejor preparada que ninguna otra nacion del Oriente para el deismo filosófico, piadoso y práctico de Saffi-el-Din. Su fé se extendia como una claridad en las tinieblas. Sus dogmas sencillos tuvieron tanto mas influjo, cuanto que no se mezclaba en él ninguna ambicion, ningun fanatismo ni intolerancia, y evitaba las grandezas ó las riquezas de la tierra con tanta abnegacion como empeño los buscan otros, en lo que llaman los intereses de la verdad. La reputacion de santidad de este solitario era cosa tan sancionada en Persia en la época de la invasion de Timur-Lenk; que este conquistador, á la cabeza de dos millones de hombres, no se desdeñó de torcer su camino para ir á visitar al sabio en sus montañas. Timur, que buscaba la verdad y que honraba la virtud en todas partes, aun entre sus mismos enemigos los cristianos, á pesar de su mahometismo nacional, escuchó con

humildad y admiracion los dogmas y las máximas de este.

Jefe de pastores ¿qué quereis que os conceda, « le « dijo, en cambio de las verdades súblicas con que « habeis enriquecido mi alma? — Nada para mí, res- « pondió el sophi al señor del mundo; os pido sola- « mente la vida y la libertad de todos los prisioneros « cristianos ó turcos que habeis hecho con vuestras « conquistas. » Timur hizo este sacrificio al sabio caritativo á quien habia ido consultar.

Estos prisioneros, puestos en libertad en Persia por influjo del solitario, se establecieron con sus rebaños en las montañas, y adoptaron por reconocimiento los dogmas de su libertador. A estas tribus de pastores, preservadas de los vicios y de la servidumbre del resto de la Persia, debieron los descendientes del sabio el trono de Ispahan y de Bagdad.

## X

El hijo de Saffi-el-din heredó, como entre los hebreos, la sabiduría y la autoridad moral de su padre. Él recorrió predicando la palabra pura, la Persia y la

Siria, y murió en la Meca, en donde aun se venera su sepulcro. Djuneid, su biznieto, se cubrió tambien con el manto sagrado del profeta, y continuó con un proselitismo inmenso la predicacion de la santa filosofía. Uzun-Hassan, ese conquistador turcomano de la Persia, cuyas guerras con el sultan Amurat II hemos referido, dió una de sus hijas por esposa al apóstol. Perseguido por otro rey de la Persia, por Djihan-Schah, Djuneid se refugió en la apartada provincia del Schirwan, y murió de un flechazo, disparado por los ginetes de Djihan-Schah. Haider-Sophi, hijo de Djuneid, murió igualmente á manos de los verdugos del tirano de la Persia. Su martirio reanimó la fé de los sophis. Su tumba fué el templo de la nueva fé. Dos de sus hijos proclamados sultanes fueron elevados al rango supremo por el pueblo, y precipitados del trono al sepulcro por otros competidores de provincia. El tercero de sus hijos, Ismael, sostenido por la popularidad de su nombre, de sus virtudes, de las desgracias de su familia, reunió en pocos años la Persia entera bajo su cetro. Descendiente del kalifa Ali por una filiacion remota, sagrado por este motivo para los mahometanos de la Persia, sectarios del hijo de Fátima, extraño á las tribus de las grandes provincias que habian sucesivamente prevalecido las unas sobre las otras, y que veian en él un árbitro de-

sinteresado de sus diferencias, conquistador de Bagdad, vencedor de los tártaros, Ismael-Schah, joven aun, no tenia ningun competidor dentro, ni enemigos fuera, excepto los turcos. Pero el cisma habia producido entre estas dos ramas de la familia de Mahoma una enemistad tan viva, que ninguna paz era larga ó sincera. El ódio religioso se habia convertido en ódio nacional, y circulaba un proverbio entre los otomanos: « Hay, decia el pueblo fanatizado por sus dervises, setenta veces mas mérito para con Dios y el « profeta en matar en la guerra á un persa que á un « cristiano. »

## XI

Selim I, bien porque participase, ó porque fuese participador de este fanatismo de su pueblo, provocó la guerra exterminando á todos los sectarios de Ali en Asia y en Europa. La predicacion y la rebelion de Schistankuli los habian multiplicado bajo Bajazet II, sobre todo entre los turcomanos y los caramanios de Asia. Selim mandó formar á sus espías listas de todos los sectarios de Ali, que existian en las ciudades ó en

las tribus de la Anatolia ó de la Rumelia. Estas listas contenian los nombres de cuarenta mil proscritos, desde la edad de siete años hasta una edad avanzada. A una señal dada, desde el serrallo de Brusa, estas cuarenta mil víctimas fueron inmoladas desapiadadamente, poniendo por pretexto la fé nacional. La heregía fué sepultada bajo estos cuarenta mil cadáveres. El horror de este crimen por piedad se hallaba de tal manera atenuado en aquella época por los sacrificios humanos que el fanatismo de los reyes y de los pueblos habia consumado en toda la Europa contra otros cismas en Italia, España y Francia, que los historiadores turcos alaban altamente á Selim por su piedad en aquella carnicería, que el embajador Justiniani, testigo presencial, habla de ella con indiferencia, y que el enviado de Venecia, Mocenigo, dice confidencialmente á P. Giovio, cronista de aquel tiempo: « que en « su opinion, ningun príncipe igualó jamás al sultan « Selim, autor de este crimen, en justicia y huma- « nidad. » De tal suerte sofocó el fanatismo el grito de indignacion que debió lanzar la conciencia aun entre aquellos que son meros espectadores de semejantes atentados.

## XII

El grito de la sangre de estos cuarenta mil sectarios de Alí sublevó á la Persia que profesaba la misma doctrina. Ismael-Schah se movió de Tauris con un ejército de cien mil hombres aguerridos para vengar á sus coreligionarios. Llevóse consigo á las fronteras turcas á un hijo de Achmet para revindicar el trono de los otomanos, usurpado por el asesino de su padre. Selim aguardaba esta sublevacion de la Persia contra él. Tal vez á propósito la habia provocado con la horrible matanza de los cismáticos. Habiendo subido al trono por la guerra, solo la guerra podia afirmarlo en él. Sin embargo, como si lo hubiese sorprendido el peligro del imperio, convocó un divan á caballo en Brusa, y en un discurso marcial á sus visires, á sus bajás y á los feudatarios de *sandjaks*, proclamó la guerra santa, y señaló por punto de reunion general para las tropas la ciudad de Ienischyr, en el camino de Persia. Nadie, excepto un anciano genízaro, se atrevió á dar muestras de aprobacion ó desaprobacion; todos habian enmudecido aterrados por

su cólera. El viejo genízaro, prosternándose á los piés del sultan, le dió las gracias porque al fin iba á llevar sus soldados á la guerra santa. Para recompensar su celo, Selim le dió al punto uno de los mejores *sandjaks* ó feudos del imperio: dijo, «¡Aquel que tenga  
« doble corazon, dará á los otros; dijo, desgraciados  
« de los otomanos que buscan el reposo cuando su  
« sultan busca al enemigo de su religion y de su  
« raza! »

## XIII

Selim I partió, sin entrar en su palacio, desde este divan, celebrado á caballo, para Andrinópolis, á fin de despertar allí con su presencia el mismo fanatismo. Convocó en aquella ciudad todas las tropas del Danubio, de la Grecia, de la Macedonia, de que podia disponer, merced á la paz general concluida con las potencias cristianas. Diez dias despues avanzaba hácia Constantinopla á la cabeza de sesenta mil hombres, y hacia plantar su tienda fuera de las murallas, en la *llanura de los elefantes*, cerca de la mezquita de Aiub. Allí fué á venerar las reliquias del

mártir de los otomanos, y ceñirse el sable de los sultanes.

Al dia siguiente de esta ceremonia, hizo venir de Magnesia á su hijo Soliman, de edad de veinte años, y le confió el imperio durante su ausencia. Mandó atravesar el Bósforo al ejército de Andrinópolis, y lo dirigió á marchas forzadas á Ienischyr para que se incorporara en aquel punto con el de Brusa. Nombró al eunuco Sinan-bajá, el mas experto de sus generales y de sus visires, gobernador general del Asia-Menor, á fin de que observara de cerca la conducta de su hijo en Constantinopla, y para que administrara las provincias de Asia, depósito inagotable de hombres, de armas y de oro para su ejército.

Apenas llegó á Ienischyr, escribió al schah Ismael un manifiesto en el cual, segun el precepto del Coran, amenazaba ántes de descargar, y advertia á su enemigo para que se preparara á combatir. Citaremos algunos pasages de este manifiesto porque caracteriza bien el espíritu de Selim I, el genio y el lenguaje de los hombres de Estado otomanos. El soldado, el sectario, el sultan, el estadista, el literato y el poeta aparecen con la pompa bárbara de los publicistas del Oriente.

## XIV

« Yo, gefe soberano de los otomanos, » dice Selim I, « yo, señor de los héroes del siglo, que reuno  
« en mi persona el poder de Feridun, la gloria de  
« Alejandro Magno, la justicia y la clemencia de  
« Cosroes; yo, exterminador de los idólatras, des-  
« tructor de los enemigos de la verdadera fé, terror  
« de los tiranos y de los faraones del siglo; yo, que  
« rompo los mas fuertes cetros, Selim-Khan, hijo del  
« sultan Bajazet II, hijo de Mahomet II, hijo de Amu-  
« rad, á tí, emir Ismael, gefe de las tropas persas,  
« semejante en tiranía á Sokah y á Efrasiab, tiranos  
« sanguinarios de la Persia, y predestinado á pere-  
« cer como el último Dario, yo te escribo :

« El Señor ha dicho : Nosotros no hemos creado  
« el cielo y la tierra para hacer un juguete de ella. »  
Aquí, despues de dos páginas de atroces injurias di-  
rigidas á Ismael para probarle que es indigno de  
empuñar el cetro de las criaturas de Dios, le declara  
que los ulemas de su imperio lo han juzgado, repro-  
bado y condenado á muerte. « Sin embargo, añade,

« conforme con el espíritu y la ley del Profeta, ántes  
« de dar principio á la guerra, te presentamos las  
« palabras del Coran en vez del sable, y te exhorta-  
« mos á que reconozcas y profeses el verdadero  
« culto. Por eso, » dijo Selim, « te dirigimos la  
« presente carta :

« Todos íenemos, » continua argumentando con  
su enemigo, « una naturaleza diferente, y el espí-  
« ritu humano se parece á las minas de oro y de  
« plata : lo puro y lo impuro andan mezclados. El  
« medio mas eficaz para remediar el mal es sondear  
« profundamente su conciencia, descubrir sus faltas,  
« invocar el perdon de Dios clemente y misericor-  
« dioso con un verdadero arrepentimiento y un  
« amargo dolor; nosotros te invitamos, por consi-  
« guiente, á entrar dentro de tí mismo, y á restituir-  
« nos el territorio violentamente segregado de nues-  
« tros Estados, sobre el cual no tienes mas que pre-  
« tensiones ilegítimas.

« Pero si por desgracia tuya, persistes en tu con-  
« ducta pasada, verás en poco tiempo tus llanuras  
« cubiertas con nuestras tiendas é inundadas por  
« nuestros soldados. Entónces se cumplirán milagros  
« de bravura, y la voluntad del Dios de los ejércitos  
« se manifestará entre nosotros. Por lo demás, sa-  
« lud á quien sigue la via de la salud ! »

## XV

Aumentándose constantemente el ejército llegó á Siwas, cerca de las fronteras de Persia, donde fué revistado por Selim. Juntáronse ciento ochenta mil combatientes, diez mil conductores de mulas con víveres, sesenta mil camellos; una flota cargada con arroz y cebada, anclada en el mar Negro cerca de Trapezun, de donde multitud de camellos trasportaban las provisiones al campamento. Ismael-Schah, con noticias del número de los otomanos, habia hecho replegar á toda la poblacion y mandado incendiar las cosechas de la frontera para dejar el desierto entre él y Selim.

Irritado el sultan con un obstáculo que atribuía á la cobardía de Ismael-Schah, le envió en señal de desprecio y de insulto un presente compuesto de un hábito, un palo, un cilicio y un limpiadientes, equipage ordinario de un dervis, haciendo así alusion á su abuelo el Sophi, que habia conquistado el trono por su misticismo y no por las armas.

La carta que acompañaba este presente estaba es-

crita en versos persas, compuestos por el mismo Selim: « *Los que usurpan los tronos,* » decia esta carta, *deben,* « *como el escudo, presentar á lo ménos* » « *su pecho á las flechas. La desposada del imperio no* » « *se deja abrazar mas que por el guerrero que besa* » « *sin palidecer los filos del sable.* »

## XVI

Ismael-schah respondió á esta carta y á este presente enviando á un embajador que entregó á Selim I una cajita llena de ópio, signo del delirio de sus pensamientos. Entre tanto, la respuesta de Ismael al manifiesto del turco respiraba justicia, moderacion, y un imperioso desden hácia las amenazas de Selim: « Yo te escribo esto, » le decia negligentemente, « sin abandonar una cacería que prolongo » « por recreo en estas mis llanuras de Ispahan. Haz » « lo que quieras de mi embajador. » Selim I le hizo cortar la nariz y las orejas al enviado, llamado Schahkuli-Ayi, y mutilado así se lo devolvió á su señor.

## XVII

Cuarenta dias de marcha por un país devastado separaban á Selim I de Tauris, en donde lo aguardaba Ismael. El ejército otomano, asustado con estas cuarentas marchas por el desierto, murmuraba y pedía sordamente la retirada. Los visires y los begs comisionaron á Hemdem-bajá, compañero de infancia del sultan y el mas familiar de sus cortesanos, para que le hiciera presente el disgusto de las tropas y los peligros de la obstinacion. Por toda respuesta, Selim I mandó cortar la cabeza á Hemdem-bajá y la hizo exponer delante de su tienda á las miradas de los genízaros. El terror apaciguó las murmuraciones; el ejército avanzó lentamente hácia el Tauris. El único enemigo con que tenia que luchar era el hambre y la sed. Los camellos perecian á millares: « ¿Estás muerto ó vivo, Ismael? » escribió tercera vez el sultan al schah. « Ya llevo : por espacio de  
« algunas semanas he marchado sin verte á tí ni ver  
« á tu ejército; créeme, sigue mis consejos; si per-  
« sistes en ocultarte, no eres hombre; cambia tu

« casco por un adorno de mujer, tu cota de armas  
« por una sombrilla y un abanico. » Para explicar  
mas claramente la carta, el portador de ella debia  
entregar estos tres objetos al schah de Persia.

Nada pudo arrancar á Ismael de su paciente inmovilidad. El extenuado ejército llegaba al fin á los valles inmediatos al Tauris. Al aspecto de aquellas áridas colinas, que á consecuencia de los incendios de los persas y los ardores del sol no ofrecian mas que el triste cuadro de la esterilidad y de la muerte á los ojos de los soldados, los genízaros cercaron en grupos tumultuosos las tiendas de su señor, pidiendo á voces el retroceder al país de la yerba y de las cosechas. Selim I montó á caballo, y presentándose de repente en medio de ellos : « ¿ Es este , » les dijo, « el lenguaje que usan mis fieles esclavos? Obedecer murmurando sin cesar, ¿ es por ventura obedecer? Que los que quieran volver á ver sus mujeres y sus hijos, se retiren! Que los cobardes se separen francamente de los bravos, armados con el sable y el arco por la causa de Dios! Por mi parte, yo no he venido hasta aquí para retirarme vergonzosamente. »

Un eclipse de sol, que oscureció el dia en aque-  
momento, favoreció la elocuencia del sultan. Los turcos vieron en él el presagio de la ruina de los persas,

adoradores en otro tiempo del sol, que les negaba su luz. Por fin, dos dias despues, Selim I apercibió en el fondo de la llanura de Tchaldirán las innumerables tiendas del ejército de Ismael, que lo aguardaba como en un circo murado y dispuesto por la naturaleza para un combate á muerte entre dos razas enemigas.

## XVIII

El sultan mandó hacer alto para examinar con la vista el campo de batalla y celebrar un consejo á caballo con sus mas ejercitados generales. Todos, excepto el *defterdar* Piri-bajá, aconsejaron al sultan que diese un dia de descanso á las tropas para que repararan sus fuerzas hombres y caballos. « La fuerza moral, » dijo el *defterdar*, « es la primera fuerza de los ejércitos; si vacilamos en bajar inmediatamente al llano y en atacar al enemigo apenas lo vemos delante de nosotros, nuestros soldados creen que deliberamos en presencia del peligro, y los persas se imaginarán que su aspecto nos asusta; ver al enemigo y caer sobre él, es la única táctica de los valientes que confían en Dios y en sí mismos! »

« — ¡Este es un hombre, exclamó Selim I, porque no tendré un visir como él! »

Situado en una eminencia que dominaba el desfiladero y la llanura, lanzó su caballería al llano como si fuera un torrente. Ismael, sorprendido por la audacia y el número, pero lleno de confianza en la posición que ocupaba, estaba á caballo junto á un prisionero turco, cuya vida habia perdonado para que le enumerara los cuerpos que entraban al galope en la llanura. « ¿ Qué estandartes son esos rojos que cubren la altura como un rocío de sangre? » decia al prisionero. « — La caballería de Arikhal-Oglhi. — « — ¿ Y esos estandartes verdes que descenden á los barrancos? — Los ginetes de Castemuni, que manda el hijo de su sultan Iskendar; estos dos cuerpos forman la vanguardia de Selim I. » Al concluir de pronunciar estas palabras, una nube espesa de polvo se levantó en una de las pendientes del circo y dejó entrever una masa inmensa de infantería, vestida de encarnado. — « Esos son los Azabs, » dijo el prisionero. Cuando la nube de polvo que habian sublevado cayó al suelo, se elevaron otras dos, é Ismael apercibió á través de ellas la riqueza de las sillas de los feudatarios de Europa y de Asia, á que siguieron los estandartes con rayas amarillas y encarnadas de otra infantería. Parecia que se veían, dicen los historia-



dores de Persia, velos de mujer prendidos en la cabeza con alfileres de oro, que flotaban sobre los hombros de los infantes; eran las gorras de fieltro blanco de los genizaros con la manga de su fundador, agitados por el viento de la marea; los alfileres de oro eran la cuchara de cobre que llevan por delante estos soldados en la gorra, y que brillaba á la sazón con los rayos del sol. Por fin, Ismael preguntó por los grupos de caballos que piafaban detrás de los genizaros, sombreados á la derecha por estandartes verdes, y á la izquierda por estandartes encarnados, y en medio de dos altas y anchas banderas, la una de escarlata como el fuego y la otra blanca como la nieve. — « Gloria á Dios, » dijo el turco, « ¡ hé ahí al glorioso sultán, nuestro padischah; esas son sus banderas; á derecha sus spahis, á izquierda sus *silidhars*, detrás de él los guardias de corps! » Esta enumeración formidable arrancó un suspiro involuntario á Ismael. Él contempló como guerrero experto el orden de batalla que se ostentaba ante él en la otra mitad de la llanura á la vista de Selim I. Este príncipe, mas general que sultán, presidia todo, galopando en la llanura de un cuerpo á otro. Colocaba á la derecha su caballería, dividida en dos columnas bajo el mando del intrépido eunuco Sinan-bajá, cuyo valor no ofuscaba nunca la inteligencia; á la izquierda la in-

fantería de Europa á las órdenes de Hassan-bajá, beglerbeg de Rumelia; entre estos dos cuerpos, los innumerables *azabs*, soldados feudatarios de los dos continentes; detrás de ellos, en el centro del ejército, como el corazón en medio del pecho, los genizaros, esta reserva de las batallas, rodeados de un muro de carros y de camellos, que los protegían contra la caballería persa, tan justamente temida de los turcos por su elevada estatura, y el fuego de los caballos, tan heroicos como sus ginetes; los cañones, unidos entre sí por barras de hierro, estaban montados en baterías sobre dos eminencias á los costados del ejército de los turcos. El sultán, sus visires, sus oficiales, sus guardias colocados en una altura detrás de los genizaros, dominaban el orden de batalla. La fatiga y la falta de alimentos durante el camino habían sido olvidadas en el ejército otomano por el ardor de encontrarse al fin con un enemigo tanto tiempo buscado, y por la confianza de hallar pronto víveres, despojos, junto con la gloria, en aquellas espléndidas tiendas de los persas, brillantes de oro y sedería. Ciento veinte mil combatientes respiraban cólera y aguardaban á que Selim I diera la señal del combate.

## XIX

Ismael habia formado de antemano su ejército, mas numeroso todavía, escalonado por la parte de Oriente, de donde podia caer sobre los turcos por el centro, dejando sus flancos cubiertos por dos cabos avanzados de las montañas inaccesibles á la caballería enemiga. Su confianza, justificada por veinte batallas, descansaba en diez mil ginetes escogidos, con corazas de mallas, cascos de acero bruñido con relieves de oro. Los caballos de estos ginetes llevaban una cubierta de acero, cuya flexibilidad se prestaba al movimiento de sus miembros, preservándolos de las flechas. Estos caballos persas de cuello de cisne, piernas nerviosas, con el ojo de fuego, las narices humeantes, y el corazon belicoso, respiraban sangre. Los veteranos que los montaban, se unian á ellos de tal suerte que parecian centauros. Además de esta caballería escogida, armada de lanzas y de mazas, Ismael contaba treinta mil caballos árabes y tártaros en su campamento, y sesenta mil infantes aguerridos con sus veinte años de campaña en Persia y el

Oxus. Ustadjluoghli, sultan de Diarbekir, antiguo compañero de sus guerras, era su principal teniente. Le habia confiado el mando de la mitad de su ejército, y él mandaba la otra mitad. Su plan de batalla meditado despacio y estudiado sobre el terreno, consistia en dejar avanzar hasta su centro el tropel de los azabs, infantería de Selim, abandonarles el centro de la llanura, caer en seguida sobre los dos flancos de esta infantería, y romperla por varias partes con cargas de caballería; luego dar una de cuarenta mil caballos reunidos á esta infantería dispersa ó destrozada, como una tempestad ecuestre que pulverizara la reserva del sultan.

## XX

Combinada así la batalla, pareció que ella sola se rompió por el ardor de los soldados. Los azabs, avanzando en columna cerrada, llegaron en pocos instantes hasta el centro fortificado de los persas, que los aguardaban inmóviles. Ismael y Ustadjluoghli retrocedieron á los dos extremos de la llanura, como para dar mas campo á sus dos alas de caballería, y cargaron con tal impetuosidad á la

columna aislada, que la rompieron de parte á parte. Hassan-bajá y sus principales oficiales cayeron bajo el hacha de armas de los caballeros de Ismael; pero cuando el schah proseguia su carga para acabar con los genízaros, Sinan-bajá que tenia ocultos los cañones detrás de los spahis, se volvió como para huir, rompió las cadenas de los cañones, mandó descargar las piezas á metralla sobre los ginetes persas, y la llanura quedó sembrada de hombres y caballos, derribados por este trueno de los ejércitos. El anciano Ustadjluoghli, rodó por el suelo arrebatado por el ímpetu de su caballo. Ismael le pasó por encima continuando su carga á la cabeza de los diez mil veteranos; pero los genízaros, emboscados detrás de los carros, y apuntando á los ginetes que se paraban ante aquel obstáculo, cubrieron muy pronto el suelo con un segundo muro de cadáveres. Ismael mismo, herido por una bala y tirado á los piés de su caballo, iba á caer en manos de los turcos. Su favorito Sultan Ali-Mirza estaba vestido con el mismo traje que el schah para salvar en caso de necesidad á su señor en la pelea, haciendo dudar quien de los dos era el rey de Persia. Arrojóse á los sables de los genízaros y gritó á los turcos que él era Ismael. Mientras que lo sacaban de su silla para hacerlo prisionero, un escudero de Ismael levantó al schah, lo volvió á poner á

caballo, y llamando á los ginetes que huian, lo conducia al galope hácia sus tiendas. El ejército persa aterrado por el cañon y la caída de su rey y de su general, no existia ya. Todos huian por el camino de Tauris, en donde el rey mismo, lleno de vergüenza y ensangrentado, no osó pararse.

Selim I pasó á cuchillo á todos los heridos y prisioneros que encontró en las tiendas. La sultana favorita de Ismael, sorprendida por los azabs en el haren de campaña del schah, fué presa del vencedor. El ejército otomano, enriquecido con los tesoros del campamento y embriagado con la victoria, encendió hogueras en todas las colinas, y desfiló al dia siguiente por delante del sultan, tributándole el justo homenaje de su triunfo. Selim, saciado de orgullo y de venganza marchó aquel mismo dia sobre Tauris para añadir á su victoria el prestigio de una capital conquistada. Tauris abandonada le abrió las puertas. Allí recogió los despojos de Ismael, y envió á Constantinopla como trofeo las pedrerías, los brocados, las armas incrustadas de oro conquistadas en las Indias, los elefantes de guerra y los tesoros acumulados por Ismael. Mil artistas y artesanos escogidos entre los mas hábiles obreros de la capital de Persia, fueron dirigidos con estas riquezas á Constantinopla para naturalizar en ella la industria de los

persas. Pero la proximidad de Ismael, restablecido de su herida, á quien el afecto de sus pueblos ofrecia un segundo ejército, y la dificultad de mantener ciento ochenta mil hombres en una ciudad devastada, forzaron á Selim I á salir de Tauris despues de un alto de ocho dias. El orgullo de los otomanos estaba satisfecho; su ambicion que los habia internado tanto en Europa, no tenia que retroceder para poseer el Eufrates y el Oxus. Las razas conquistadoras refluyen rara vez á su origen. Mas insaciable que sus soldados, Selim volvió á tomar el camino del Aderbidjan, provincia que baña el Aras, en donde pensaba pasar el invierno para ir á visitar en la primavera otras capitales de la Persia. Entretanto, los genízaros, impacientes por ver sus mujeres y sus hijos, sospechando la intencion de su señor, se amotinaron con mas insolencia que la vez primera, derribaron sus tiendas, apénas plantadas en las márgenes del Aras, rodearon la del emperador, y enarbolando en la punta de sus sables sus andrajosos vestidos para mostrarle el exceso de sus fatigas y de su desnudez, le pidieron á voz en grito su vuelta inmediata á Turquía.

## XXI

Selim I disimuló su cólera bajó una falsa piedad. Mandó levantar el campo y tomar de nuevo el camino de Kars; pero atribuyendo á su gran visir, Mustafá-bajá, la insubordinacion de los genízaros á que se vió obligado á ceder, le mostró su desgracia, como en otro tiempo habia Mahomet II significado su muerte á su gran visir Mahmoud.

El ejército marchaba en silencio hácia Erivan: el sultan y el gran visir conversaban en medio de un grupo de generales. De repente se inclinó Selim y dijo algunas palabras en voz baja á uno de los mudos que iban á pře al lado de su caballo. Obedeciendo este la órden secreta de su señor, se acerca sin ser visto al caballo del gran visir, le corta las cinchas á la silla, y hace caer rodando al suelo á Mustafá-bajá en medió de silbidos y sarcasmos. Aquella demostracion del ejército contra un visir indigno por esta caída de mandar un pueblo ecuestre, sirvieron por la noche á Selim de pretexto para destituir á un servidor, que no sabia inspirar respeto á los soldados.

Piri-bajá, el intrépido consejero del ataque repentino de Ismael en el último consejo de guerra, fué nombrado gran visir en lugar de Mustafá. Pero ántes de licenciar el ejército en Erzerum, Piri-bajá, ya en desgracia, habia dejado el puesto á Sinan-bajá, el favorito mas preferido de Selim entre todos los visires. Sinan recibió la mision de conducir la caballería por el camino de Angora á Constantinopla. Selim, que abandonaba con pena la idea de volver á Persia en la primavera, pasó todo el invierno con la infantería y los genízaros en Amasia. Otras sediciones de esta milicia provocaron otra vez su cólera. Él los castigó como en Erivan, no descargando sobre los culpables, sino sobre los inocentes que no habian sabido evitarlas. Allí recibió cuatro mirzas persas, embajadores de Ismael. Estos enviados, cargados con ricos presentes, venian á reclamarle en nombre de su señor á la sultana favorita de Ismael, sorprendida por el vencedor en su tienda y conducida por él á Amasia, El amor que tenia Ismael-schah á esta cautiva le hacia ofrecer tesoros y provincias por su rescate. Selim no vió en ella mas que un instrumento para un cruel ultrage : la casó con Tadjizade-Tchelebi, uno de los secretarios de su divan, y violando el derecho de las gentes en los embajadores del schah, los puso en un calabozo, y los dejó morir en él léjos de

su patria. Antes de volver á Constantinopla, tomó por asalto lo fortaleza de Turnataghi, situada sobre una roca casi inaccesible á orillas del Eufrates, donde el emir turcomano Alaeddaulet habia escondido sus tesoros, sus mujeres y sus sobrinos. Feroz en la victoria como en el asalto, mandó cortar la cabeza á todos los varones de la casa del príncipe de Sulkadr, pariente de este emir. El tio se vió obligado á presentarle en un canastillo las cabezas sangrientas de sus cuatro sobrinos. Selim las envió al sultan de Egipto, que se habia declarado patron de estos príncipes, y que habia solicitado la indulgencia del sultan en su favor. Este tributo era presagio de la guerra que meditaba contra los extranjeros tiranos del Nilo. Para prepararla regresó á Constantinopla.

## XXII

Lleno aun del resentimiento que le habian causado los desórdenes de los genízaros durante la campaña de Persia y su residencia en Amasia, Selim los convocó y les pidió que denunciasen ellos mismos á los instigadores ocultos de aquellas sediciones, que